

"NO TENDRÁS DIOSES AJENOS DELANTE DE MÍ"

por S. Michael Wilcox



Al adorar verdaderamente a nuestro Padre Celestial, nos esforzaremos por ser dignos de todo lo que somos y de todo lo que podemos llegar a ser.

Tuve el privilegio de conocer y de recibir la influencia de mucha gente importante durante mi infancia, pero en especial aprecio la profunda influencia de mi madre. Ella me enseñó muchas cosas sobre Dios. Yo no la quería ni le obedecía porque tuviese una posición de autoridad sobre mí, sino por la clase de persona que era. Si su autoridad hubiera desaparecido, aún así le hubiera obedecido.



Así es como me siento concerniente a Dios. Por supuesto que adorarle a Él exclusivamente es obedecer Su mandamiento: "Yo soy Jehová tu Dios... no tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo 20:2-3). Yo no le adoro sólo porque sea un mandamiento, sino que escucho Su consejo, le sigo, le amo, confío en Él y no tengo dioses ajenos delante de Él no sólo porque es Dios, sino porque es mi Padre amoroso y omnisciente.

Cualquiera que estudie el Antiguo Testamento se da cuenta pronto de que éste es el motivo del primer mandamiento:

"¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis, para que seamos semejantes?", pregunta Dios (Isaías 46:5). Los santos del Antiguo Testamento sabían que no había otro como Él. Ana le alabó con las siguientes palabras: "No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y

no hay refugio como el Dios nuestro" (1 Samuel 2:2).

DIOS NUESTRO PADRE

Siendo un niño, mi madre me introdujo en la naturaleza de Dios con un relato de su propia infancia: "Cuando era pequeña solía regresar a casa desde la escuela en compañía de mi hermano. Siempre tomábamos un atajo que nos llevaba cerca de un gran perro negro que nos perseguía al pasar por su casa. Si echábamos a correr en el instante preciso, podíamos llegar hasta la verja con seguridad. Mi hermano me decía cuándo correr.



“Un día me encontraba sola y no empecé a correr en el momento apropiado. El perro se acercó a mí amenazador y yo me quedé paralizada de miedo sobre la acera.

Al ir a abalanzarse sobre mí, grité lo más fuerte que pude: ‘¡Padre Celestial, ayúdame!’ ”

Mi madre prosiguió contándome que, de repente, el perro se detuvo como si se le hubiera bloqueado el camino y ella cruzó la verja. Supo que su oración había sido contestada.

Esa historia me permitió conocer mucho del Dios al que adoraba mi madre. Me infundió un sentimiento de seguridad, un solaz que no podría haber expresado con palabras.

Mi comprensión de la oración se ha ido profundizando con el correr de los años, y me doy cuenta de que, aun cuando no vemos con claridad las respuestas directas a nuestras oraciones, el Señor todavía nos escucha y nos bendice. Cruzará toda la eternidad para tocar el corazón de sus hijos e hijas si tan sólo se lo permitimos. Ciertamente no hay otro como Él.

Pablo enseñó: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Hay una informalidad reverente en estas palabras: “ ‘Abba’ es la palabra pronunciada por los niños, la cual expresa una confianza plena. ‘Padre’ comunica una comprensión inteligente de la relación. Las dos juntas expresan el amor y la confianza inteligente del niño” (W. E. Vine, *An Expository Dicticmary of New Testament Words*, 1996, “Abba”). Esta confianza permitió a Job, a Abraham, a José, a Ana y a David enfrentar los desafíos que les enviaba la vida. Esa confianza constituye el eje mismo del primer mandamiento.

Confiamos en Dios porque sabemos que Él ama a toda alma. Cada uno de nosotros es hijo Suyo. Isaías escribió: “Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro padre” (Isaías 63:16). Ese pasaje de las Escrituras indica que, aunque los antiguos padres como Abraham y Jacob hayan fallecido, siempre podemos acudir a nuestro Padre Celestial en busca de ayuda.

Cuando nació cada uno de mis hijos, durante esos preciados y solemnes momentos en los que los sostuve entre mis brazos por primera vez, sentí los susurros del Espíritu que me enseñaban sobre sus cualidades únicas. Las primeras veces tuve mis dudas sobre esas impresiones, pero a medida que crecían mis hijos, las verdades que se me dieron a entender al nacer ellos se iban verificando. Me maravilla que Dios me haya dado así Su consejo de Padre Celestial al entregar sus preciosos hijos al cuidado de un nuevo padre terrenal.

Esa tierna enseñanza no tenía que tomarnos por sorpresa. ¿Acaso Dios no instruyó a Rebeca concerniente a los gemelos que luchaban en su vientre? (véase Génesis 25:21-23). ¿Y no enseñó Él al padre de Sansón “lo que [haya] de hacer con el niño que va a nacer”? (Jueces 13:8). Ciertamente no hay otro como Él.

En la ocasión de mi bautismo, mi madre me explicó que mi Padre Celestial y yo nos hacíamos promesas el uno al otro; me enseñó que Dios me hacía promesas a través de las Escrituras, promesas que Él está “obligado” a guardar si yo guardo las mías (D. y C. 82:10). Tengo el vago recuerdo de un adulto que me hizo una promesa y

luego la rompió por el mero hecho de que yo era “tan sólo un niño”. ¿Hace el rey promesas al campesino y se sujeta a ellas? Y ahí estaba yo, de ocho años de edad, y el Creador de mundos sin número se estaba comprometiendo a mantener su promesa conmigo.

Maravillados con esta verdad, leemos de los convenios que Dios hizo con los hijos de Israel y de todos los demás convenios divinos que están registrados en la Biblia. Cuán paciente y fiel fue Dios con Sansón. No fue sino hasta que Sansón hubo quebrantado su voto de nazareo que Dios le retiró su fuerza. Dios es un Padre paciente y amoroso; ciertamente no hay otro como Él.

CREADOR DE GOZO

El Dios al que adoramos busca nuestra felicidad. En realidad, Él es un Creador de gozo. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Yo no sabía mucho de los cielos ni de la tierra cuando era pequeño, pero sabía que calle arriba había un campo lleno de lagartijas y de sapos. Cuando los llevaba a casa, mi madre decía: “¿Cuál de las pequeñas criaturas de Dios encontraste hoy?” Aprendí a amar a Dios gracias a las “pequeñas criaturas” que Él escondía en los campos para que yo las encontrara. No sólo estaban en los campos; a menudo íbamos al mar, donde solía pasar todo el día desenterrando pequeños cangrejos al retirarse las olas. Me encantaba la forma en la que me hacían cosquillas en las manos y, en mi comprensión infantil, llegué a creer que Dios los había creado para producir esa sensación. También ésas eran las pequeñas criaturas de Dios.

Aprendemos mucho sobre Él al estudiar las cosas que crea. Un sapo o un cangrejo son una cosa maravillosa, especialmente para un niño de siete años. Estas criaturas me enseñaron a amar a Dios.

Siendo mayor, me fui de campamento al “Glacier National Park” (Parque Nacional de Glacier). Me levanté una mañana a las cinco en punto y caminé hasta el lago Elisabeth. No había viento alguno que meciese la superficie del lago. A lo lejos, las cumbres brillaban bajo el sol naciente, cuya luz hacía centellear lo que parecían cientos de pequeñas cataratas. Había una suave pincelada rosa en el cielo azul de la mañana. Sentía el olor de los pinos, la suave brisa y oía un par de pájaros. Mis palabras eran inadecuadas para describir lo majestuoso de ese instante, pero acudieron a mi mente las palabras que habían sido reveladas a José Smith:

“...todas las cosas que de la tierra salen... son hechas para el beneficio y el uso del hombre, tanto para agradar la vista como para alegrar el corazón... para vigorizar el cuerpo y animar el alma. Y *complace* a Dios haber dado todas estas cosas al hombre” (D. y C. 59:18-20; cursiva agregada).

Esa mañana sentí el placer de Dios, su amor por la belleza y la soledad.

Sobrecogido por la belleza de la creación, el salmista escribió: “De la misericordia de Jehová está llena la tierra...”

“Teman delante de él todos los habitantes del mundo...”

“¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios” (Salmos 33:5, 8; 104:24).

Un verano llevé a mi hijo y a varios de sus amigos a algunos de los desfiladeros que hay en el sur de Utah. El último día de viaje caminamos hasta “Muddy Creek”, un cañón estrecho, horadado por la acción del agua sobre la roca arenisca. ¡“Muddy Creek” tiene el mejor lodazal de toda la tierra! ¡Fue simplemente maravilloso!

Deslizarse a lo largo de la orilla del arroyo constituía un puro deleite para los chicos. Aunque no se centraron en lo majestuoso del lugar, sus reacciones estaban acompañadas de este sentimiento- Contemplaba a los chicos deslizándose como locos por el barro, veía su fascinación por el sonido que hacía al pisar sobre él, observaba la euforia de sus carreras. A veces en la vida tenemos el sentimiento de que alguien nos está observando; hay un cierto silencio que hace que miremos a nuestro alrededor. Ese día sentí ese silencio y con timidez miré para ver si alguien nos estaba observando. Allí no había nadie, pero Alguien estaba mirando. Podía percibir su gozo por nuestro gozo.

Es maravilloso poder ver a otros disfrutar con las cosas que les hemos proporcionado. Éste es también un atributo de Dios. El es el Dios de “Muddy Creek” y del “Glacier National Park”, el Creador de los hombres y de los cangrejos de mar. El aprecia la alegría de los niños y al mismo tiempo da a los adultos una sensación de sobrecogimiento y de maravilla al revelárseles por medio de Sus creaciones. Ciertamente no hay otro como Él.

EL LLEGAR A SER COMO ÉL

Cuando era niño, tenía muchos héroes: deportistas y personajes de ficción. Pero mamá vio también que yo tenía héroes más reales: los que se encontraban en las Escrituras. Teníamos en casa un libro de relatos bíblicos, del cual mamá me leía con frecuencia. Al crecer, leíamos directamente de las Escrituras. Con el tiempo, los héroes del deporte y de la televisión dejaron de ser importantes para mí, pero los héroes de las Escrituras iban adquiriendo mayor relieve. Pronto me di cuenta de que estas personas eran magníficas debido al Dios que adoraban. La influencia de este Dios les proporcionó dignidad, valor y compasión.

John Taylor dijo: “Un hombre, como hombre, podría llegar a tener toda la dignidad que un hombre es capaz de obtener o recibir; pero necesita que un Dios lo eleve a la dignidad de un Dios” (The Mediation and Atonement, 1882, pág. 145). Ninguna otra influencia, fuerza o poder puede convertir a personas comunes y corrientes en los gigantes morales y espirituales de las Escrituras. Sólo la adoración a Dios nos proporciona tal dignidad.

Cuando era misionero tuve el privilegio de conocer a un Apóstol viviente, el élder Boyd K. Packer. Todos los misioneros le aguardábamos en el centro de reuniones mientras charlábamos muy animados. Yo me encontraba de espaldas a la puerta cuando llegó el élder Packer, pero aun sin verle, supe que había entrado en la sala. La llenó con el mismo poder y la misma pureza que emanaban de mi madre. Fue como si

el élder Packer hubiera salido de uno de esos relatos de las Escrituras. Pensé para mí: En esto se convierte un hombre tras toda una vida de obediencia a Dios y de comunión con El.

He percibido esa grandeza en otros hombres y mujeres. Además de la maravilla que me produce el poder de Dios, yo adoro a mi Padre Celestial por el tipo de persona que me inspira a ser. Si le obedecemos con paciencia, nuestras vidas comienzan a parecerse a la Suya, como ejemplificó la vida del Salvador. En nuestro Salvador mismo se nos muestra el final al que nos conduce nuestra adoración. ¿Qué otra adoración eleva a la humanidad a alturas tales? Dios mandó: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Exodo 20:3). ¿Por qué? Porque ningún otro dios nos ayudará a ser como es nuestro Padre Celestial.

LA ADORACIÓN VERDADERA

Debemos aprender el significado de la adoración verdadera a Dios. Mi hijo de seis años me enseñó el significado de adorar un día mientras yo estaba preparando una lección. Él estaba jugando cuando se dio cuenta de que yo estaba subrayando mis Escrituras. Dejó a un lado los juguetes, corrió hacia su habitación y volvió con sus propias Escrituras. Se tumbó a mi lado en la cama, imitando exactamente mi postura y abrió las Escrituras.

Durante la siguiente media hora me percaté de que estaba subrayando con mis lápices de colores. Cuando levanté la vista, me enseñó su obra. De algún modo había encontrado la página en la que yo estaba trabajando, porque en su libro había una réplica exacta de mi trabajo. Había marcado las mismas palabras con los mismos colores. Mis flechas, líneas y números estaban allí. Incluso había copiado mis notas marginales hasta que su enorme caligrafía le había obligado a parar. Casi pidiendo disculpas y llorando, me dijo: “Mis líneas no son tan rectas como las tuyas”.

Este pequeño incidente me enseñó a ver un principio más grande: la adoración verdadera reside en la imitación. Esta tiene lugar cuando dejamos a un lado nuestros juguetes mundanos, estudiamos en profundidad la vida del Salvador e intentamos imitar los detalles de Su carácter. Al hacerlo así, también imitamos al Padre. Nuestras vidas no están libres de pecado como lo está la Suya, pero basta el



poder de la Expiación si nuestro amor y nuestros esfuerzos son sinceros y profundos. El resultado final de nuestra adoración será la divinidad, además de una vida más feliz y pacífica aquí y ahora.

El llegar a ser como Dios requiere esfuerzo y sacrificio, pero el Señor promete Su ayuda constante. Le dijo al antiguo Israel: “Oídme, oh casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel, los que sois traídos por mí desde el vientre, los que sois llevados desde la matriz.

“Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré.

“¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis, para que seamos semejantes?” (Isaías 46:3-5).

Podemos adorar a los dioses del mundo y llevarlos como una carga, o podemos ser elevados y llevados por el Señor desde el nacimiento hasta la tumba.

¿UN DIOS INDIFERENTE?

El retrato que he pintado de Dios es muy personal, es un retrato incompleto pues apenas he tratado las muchas perfecciones de Su carácter. Aun así habrá algunos que dirán: “¿Qué pasa con el Dios del Antiguo Testamento, el Dios que ordenó la destrucción de los amalecitas hasta el último animal viviente? (véase 1 Samuel 15:2-3). ¿Y los desastres naturales? ¿Y las personas brutales?” No tengo una respuesta que satisfaga las preguntas generadas por la oposición inherente a la vida terrenal. Pero no se nos deja por completo sin comprensión alguna.

De vez en cuando, todos enfrentamos la injusticia, el dolor y el sufrimiento. ¿Cómo podemos, con confianza, armonizar estas condiciones de sufrimiento humano con un Dios que responde a la oración de un niño pequeño? El Antiguo Testamento contiene las súplicas de hombres antiguos en busca de comprensión. Job lucha con ese problema, al igual que el pueblo de Malaquías, cuando dicen: “Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?

“Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados” (Malaquías 3:14-15).

Para mí, la verdadera comprensión empezó cuando llegué a ser padre y llegué a ser más consciente del propósito de esta vida y de sus pruebas. Dios desea hijos que sean como Él, un reflejo de Sus perfecciones. ¿Cómo es Dios? Está lleno de misericordia, de compasión, de comprensión y de caridad; obra en favor de la felicidad de Sus hijos, sirve y perdona. Para llegar a ser como Él, también nosotros debemos adquirir esas cualidades. ¿Qué experiencias de la vida son más favorables para desarrollar esas cualidades? Cuando los otros sufren sentimos misericordia y compasión. Cuando los demás pecan contra nosotros, aprendemos a perdonar. A través de las necesidades de los demás, aprendemos del servicio, de la comprensión y de la caridad. Los momentos de mayores pruebas de nuestras vidas suelen ser los mejores productores de cualidades divinas.

Se nos permite escoger lo que hemos de hacer durante la vida terrenal, por lo que podemos escoger que el dolor de la vida genere en nosotros crueldad, indiferencia y duda, o podemos dejar que edifique compasión, sabiduría y fe. Lo que suceda depende de cómo reaccionemos ante las impredecibles circunstancias de la vida.

Un día en el que mis hijos se acercaban a sus años de adolescencia, yo estaba en el templo y oraba: “Padre, deseo sacrificar lo que me pidas si bendices a mis hijos y los conduces de regreso a Tu presencia”. Fue una de las oraciones más sinceras que jamás haya ofrecido. Sufriría con gusto cualquier aflicción si supiera que mi dolor produciría cualidades divinas en mis hijos. Creo que la mayoría de los padres entienden este deseo, puesto que no es de mi exclusiva propiedad.

Así ocurre con nuestro sabio Padre Celestial. Con una perspectiva infinitamente mayor que la nuestra, Él permite el sufrimiento, incluso el sufrimiento intenso, porque sabe que la mayoría de las veces produce en Sus hijos los atributos de la misericordia, la compasión, el perdón y la caridad de Su propio carácter perfecto. Este crecimiento es parte del camino a la exaltación, parte del propósito de nuestras pruebas terrenales.

EL ÚNICO CAMINO

Nuestro Padre ordena: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. El adorarle a Él es el único camino hacia la felicidad. Simplemente, no hay otro camino.

Las Escrituras describen el amor del Señor por nosotros como el amor del novio por su novia (véase Isaías 61:10; 62:5). Una vez, durante una boda en el templo, le pregunté a la novia a qué hora se había levantado para prepararse para el día de su boda. “A las cuatro de la mañana”, fue la respuesta.

“¿Por qué tan temprano?”, le pregunté.

“Este día quería estar más linda que nunca para mi marido”.

También nosotros debemos desear ser tan hermosos en nuestra rectitud como una novia en el día de su boda. Que nuestro amor de Dios sea como las palabras de amor de Porcia, el personaje de Shakespeare, hacia Bassanio:

Vedme aquí, señor Bassanio, tal como soy

Por lo que a mí se refiere,

No alimentaré ningún ambicioso deseo

De ser mejor de lo que soy; pero por vos

Quisiera poder triplicarme veinte veces;

Quisiera ser mil veces más bella

(William Shakespeare, Obras completas, “El mercader de Venecia”, Acto III, Escena II, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1967, pág. 1069.)

Ciertamente no hay otro dios como nuestro Dios. De seguro que nuestra adoración a El debe ser digna de todo lo que somos y de todo lo que podemos llegar a ser, de todo lo que Él es y de todo lo que ha hecho por nosotros.